

Parece que va a llover

Sebastián Aedo



Capítulo 1

Parece que va a llover. Primera frase del día. Palabras que se escabullen al contemplar la ciudad desperezándose antes de otro día de trabajo. El café matutino comienza a desaparecer y pronto será la hora de coger el abrigo y el bolso, como siempre. Sin embargo, este jueves tenía su gracia. Día relativamente frío que rompe la tendencia de bochornos insoportables, el cielo cubierto que sustituye al sol resplandeciente. Pero lo que más le tentaba era la amenaza de lluvia. Gotas deslizándose con delicadeza artística por los incontables cristales, niebla que logra en cierta manera aplacar el aspecto imponente de los monstruos de concreto y latón. Sí, era un amante de la lluvia. Un romántico, como le decían algunos amigos. Él prefería el título de contemplador. Contemplador del transcurso de los días que se escapaban entre sus dedos, contemplador de los movimientos frenéticos de las hormigas por el cemento... No. A quien engañaba. Él también era una hormiga. Esos dos minutos que pasaba junto a su café mirando por el ventanal eran los únicos en los que llegaba a sentirse superior a todo lo que pasaba a sus pies. Un efímero acercamiento a la Verdad. Pero el pensamiento terminaba junto a su café y se guardaba en la cafetera hasta el día siguiente.

Después era seguir el camino de tantos años, al que le conocía tantas verdades. O, bueno, eso creía. Lo cierto es que no sabía el nombre de ninguno de los árboles que lo bordeaban, ni se había fijado en las irregularidades en el embaldosado, ni siquiera en las coloridas fachadas que le pasaban por el lado. Para él el camino no existía. Existía el trabajo, existía el departamento y existía un enorme vacío que contenía a los dos elementos, un vacío que solía rellenar con reflexiones sobre tanto hecho noticioso que se le venía a la mente.

Cuando despertó acababa de salir del Metro. Quién diría que una discusión interna sobre el alza de los precios de la bencina te podría abstraer tanto. Sumido en sus pensamientos y asumido en su rutina lo primero que notó fue el frío que hacía afuera. Cientos de personas se aborrataban a la salida como pingüinos envueltos en sus abrigos de invierno, cada uno sosteniendo en sus manos enguantadas el paragua negro cliché. Sonrió con tal pensamiento. Muchos años atrás, cuando era sólo un niño ilusionado por su futuro, gustaba de las tardes lluviosas junto a su familia. Familia algo extendida: su madre nunca estuvo ahí para atenderlo y su papá menos. Pero la verdad es que no le importaba. Días como esos, se los podía pasar viendo por la ventana o acostado en su cama, escribiendo historias que ansiaban ser publicadas. Lo que quería no era la fama. Era el sentirse realizado. El poder vivir de lo que más le gustaba en el mundo, pensando siempre que si uno se esmeraba en algo, no podía tener malos resultados. Y ahorraría para comprarse una casa en el sur donde sólo viviría de sus escritos, en alegre soledad acompañada por los repiques del tejado. A veces ni siquiera pensaba en eso. Podía descansar horas en

compañía de su gente, viendo el agua correr por los cristales, sintiendo una paz interior ni siquiera comparable al café de la mañana. Pero todo eso había pasado. Y no volvería a ocurrir. Abrumado por el ruido de la capital, la lluvia le traía recuerdos de viejos tiempos. De esperanzas incumplidas y seguridad derrumbada. Por eso, cuando el grupo de curiosos se agrupó en torno a su cuerpo atropellado, las palabras de su última frase se escabulleron como brisa y niebla entre sus labios. *Parece que va a llover.*